

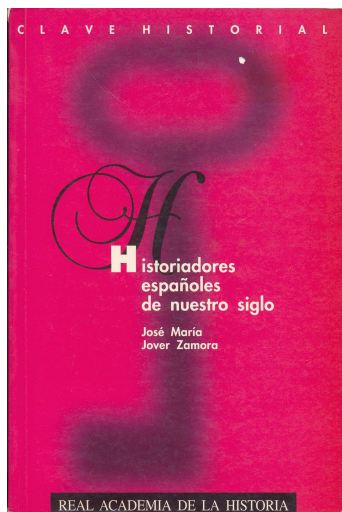
## Comentarios lainianos.- PEDRO LAÍN, VISTO POR JOSÉ MARÍA JOVER ZAMORA

Por Antonio Villanueva

**E**n números anteriores del *Boletín Lainiano*, hemos recogido la visión que distintas personas que conocieron y trataron a don Pedro tenían de él. Por ejemplo en el *Boletín* número 3, incluimos la elogiosa perspectiva de Dionisio Ridruejo; en el número 5, un repertorio bastante amplio de personalidades que tuvieron amistad con él y lo admiraron... Ahora, en el *Boletín* número 6, queremos incluir la valoración que un maestro de historiadores, José María Jover Zamora, hizo del historiador Laín.

La redacción del *Boletín Lainiano* quiere hacer constar su agradecimiento a Cándido Marquesán por habernos hecho llegar el libro de José María Jover Zamora que comentamos aquí, *Historiadores españoles de nuestro siglo*, y habernos hablado del capítulo de ese volumen dedicado al comentario de la obra de don Pedro Laín *A qué llamamos España*.

\* \* \* \* \*



**J**osé María Jover Zamora (Cartagena, 1920- Madrid, 2006), doce años más joven que Laín, maestro de historiadores, académico de la historia, historiador de prestigio internacional, habla de Pedro Laín en su libro *Historiadores españoles de nuestro siglo* (Madrid, Real Academia de la Historia, 1999). Jover lo considera un historiador de talla, lo pone al lado de los mejores, de Rafael Altamira, Américo Castro, Sánchez Albornoz, Jaime Vicens Vives, Sánchez Agesta, Díez del Corral... Se nota que lo admira profundamente y que, como él, como Miguel Artola, se considera sobre todo un liberal.

José María Jover fue el continuador de la *Historia de España* iniciada por Ramón Menéndez Pidal. Desde 1975, él fue el director de un proyecto sin parangón fuera de nuestras fronteras, en el que han colaborado más de trescientos historiadores. Catedrático de la universidad de Valencia, profesor visitante de múltiples universidades europeas, conferenciante de inúmeros foros, doctísimo, habla en este libro de sus temas preferidos: España como “nación de naciones”, la literatura como fuente para la historia, la diferencia entre “cultura” y “civilización”...<sup>1</sup> Dice que para nuestro país sería problemática la “balcanización”, pero no la “helvetización”, y que no se debe confundir “lo español” con “lo castellano”, identificación errónea que ha sido fuente de muchos malosentendidos históricos en nuestro solar patrio.

A Laín lo cita en varias ocasiones a lo largo de su libro *Historiadores españoles de nuestro siglo* (1999), por ejemplo en la página 314, o en la 38, donde habla del esfuerzo de comprensión realizado por don Pedro para entender el siglo XIX, punto de partida, lugar raíz de su propia centuria, el XX. Laín se interesa sobre todo por los años de transición de uno a otro siglo, el periodo finisecular; de ahí sus estudios sobre la evolución del pensamiento de Menéndez Pelayo<sup>2</sup> o sobre el método generacional<sup>3</sup> o sobre los hombres del 98<sup>4</sup>. Laín se inspira directamente en la visión de España como lugar de convivencia de culturas heredada de Américo Castro.

A Laín le dedica Jover el último capítulo de su libro, *A qué llamamos España*, pp. 359 a 386, donde comenta el libro homónimo de don Pedro. Jover reconoce su

“nunca olvidada deuda con el maestro que desempeñó un papel decisivo, hace poco más de medio siglo, en los fundamentos de mi formación como historiador a través de sus conferencias y de sus libros; a través, también, del uso de un castellano claro, rico y expresivo, instrumento adecuado para hacer del trabajo historiográfico vehículo fiel de unas reflexiones, y no mero registro de unos hechos o pretexto para transmitir unos juicios de valor con pretensiones didácticas. Desde entonces, desde aquellos duros años cuarenta que alumbraron Las generaciones en la historia, La generación del 98 y la biografía de Menéndez Pelayo, el magisterio de Laín ha continuado y se ha acrecido a través de una obra y de una trayectoria de muy diversas orientaciones” (p. 359).

Sobre el libro de Laín *A qué llamamos España*, publicado a finales de abril de 1971 en la colección Austral, redactado en San Juan de Luz entre agosto y septiembre de 1970, dedicado a Milagro y Pedro Laín Martínez, dice Jover que ha sido escrito bajo el magisterio historial de Américo Castro<sup>5</sup>, que “ha sido y es cardinal para la recepción en nuestra historiografía de las concepciones castrianas”. Libro, pues, de “resuelta orientación castriana” en su “concepción de España y de los españoles” y en “la proyección de su discurso sobre el conflicto vivo, cálidamente sentido, que hace trepidar su circunstancia histórica entre el temor y la esperanza”.

Destaca de él su perfecta “ilación dialéctica”, característica del autor, y su conexión con trabajos anteriores de Laín, como *Una y diversa España*, de 1968. En don

---

<sup>1</sup> José María Jover es el editor de la novela de Sender sobre el cantón de Cartagena *Mr. Witt en el Cantón*, y su estudio histórico-literario se ha convertido en modelo y ejemplo para otros del mismo tipo.

<sup>2</sup> Laín, P., *Menéndez Pelayo: historia de sus problemas intelectuales* (1944).

<sup>3</sup> Laín, P., *Las generaciones en la historia* (1945).

<sup>4</sup> Laín, P., *La generación del 98* (1946).

<sup>5</sup> Laín no solo fue influido por Américo Castro en su trabajo como historiador de la cultura española, también realizó una importante tarea de difusión de las ideas del maestro en libros como *Estudios sobre la obra de Américo Castro*, Madrid, Taurus, 1971.

Pedro es omnipresente la preocupación por la patria, la reflexión sobre su presente, pasado y futuro, la apetencia de un solar compartido que sea patrimonio de todos.

La “Advertencia previa” con que se abre el volumen dice claramente que el libro “no pretende ser otra cosa que la llamada a un examen de conciencia”. Mueve a Laín su deseo de que no se vierta más sangre, de que sea España hogar común de todos los españoles, independientemente de sus ideas. El país vivía en los años setenta las postrimerías del franquismo, la dura ofensiva de ETA y, al tiempo, el sangriento proceso de Burgos. Laín pide educación para el pueblo y ejemplo por parte de quienes “vayan detentando<sup>6</sup> el mando político y social”. Invita al compromiso y al diálogo.

Su visión de España comienza con la captación del paisaje, de los paisajes diversos de la diversa España: el “mosaico multiforme” de las tierras vascas, pirenaicas, meridionales, levantinas, andaluzas, castellanas...

“Pedro Laín debe una conciencia clara y viva de la diversidad de España a su sensibilidad ante el paisaje; a su estirpe aragonesa y a su devoción por la montaña pirenaica donde formas tan diversas de ser español tuvieron su cuna y encontraron marcada la ruta de su expansión” (pp. 378-379).

A través de sus tierras, Laín siente a la patria y cuando se pregunta qué es eso de ser español, se responde con las ideas de Castro: la existencia histórica de los españoles comienza con la Reconquista, *stricto sensu* no son españoles los hispanorromanos (Séneca, Trajano, Marcial) ni los hispanovisigodos (Recaredo).

Es la convivencia con árabes y judíos, y también la lucha con ellos, la que crea a España y a los españoles<sup>7</sup>. Desde entonces, nace en los habitantes de España la ilusión de alzarse a destinos cimeros (el vivir “en tensión de proeza”, que decía Castro), nuestra dificultad para la objetivación y la impersonalización (lo que nos vuelve pasionales, sanguíneos), nuestra ansia de imponernos sobre los otros confundiendo “unidad” y “uniformidad”. Desde la Reconquista, España vive en “edad conflictiva”:

- ⇒ los Reyes Católicos expulsan a los judíos en el siglo XV;
- ⇒ el Duque de Alba provoca la sublevación de los Países Bajos al intentar imponer la uniformidad en los territorios imperiales;
- ⇒ el Conde-Duque de Olivares provoca, en 1640, la sublevación de Cataluña y Portugal por sus excesos centralistas;
- ⇒ los Decretos de Nueva Planta de Felipe V, en los primeros años del siglo XVIII, suprimen los regímenes forales de Cataluña, Aragón y Valencia;
- ⇒ la Guerra de la Independencia provoca una escisión en los españoles entre liberales y *servilones*, de la que nacen las guerras carlistas del siglo XIX;

---

<sup>6</sup> Como anota Jover, el uso del verbo “detentar” (es decir, ocupar sin derecho, usurpar) por parte de Laín no es casual. En este verbo hay una crítica directa de don Pedro a la dictadura franquista.

<sup>7</sup> La no hispanidad de los visigodos es, pues, la tesis de Laín y Castro, a la que se oponen entre otros Menéndez Pidal, Jover o Julián Marías.

⇒ el episodio final de nuestro trágico “vivir conflictivo” es, en el siglo XX, la Guerra Civil, de tremendas consecuencias.

Para Laín, el conflicto es inevitable cuanto se intenta convertir la unidad en uniformidad, cuando “ser español” se convierte en sinónimo de “estar castellanizado” o se considera al castellano el español por antonomasia. Por eso predica la apertura, la diversidad, el respeto al otro, porque sin esos principios España deja de ser patria común de todos los españoles. Hace falta reconocer la lengua, la literatura, las instituciones, las costumbres de Cataluña, Vasconia, Galicia, Andalucía... Hace falta redescubrir la España de las tres coronas: Castilla, Aragón y Portugal, nuevamente unidas en un Himno ibérico. El reinado de los Austrias se caracterizó por el foralismo. El de los Borbones, iniciado con la Guerra de Sucesión, por la centralización. En la Guerra de Sucesión, Cataluña intentó sustituir el patrón uniformador de Castilla por el suyo propio, protoconfederal, ocupando ella naturalmente la primacía del liderazgo en lugar de la vieja región mesetaria.

En conclusión, Jover destaca la aportación definitiva de Laín a la concepción de España como “nación de naciones”, “una y diversa” España, realidad plurinacional. Laín es consciente de la diferencia entre unidad y uniformidad, si bien no deja de reconocer que la obra histórica de Castilla es la principal creadora de la unidad nacional. Don Pedro es consciente de nuestra conflictividad histórica, de las tensiones ideológicas, religiosas, regionales, sociales que nos han acechado y nos siguen acechando. Vive entre el temor y la esperanza, soñador de un nuevo himno ibérico que nos reúna en torno al prefijo *con-*: España ha de ser...

“una convivencia que sea confederación armoniosa de un conjunto de modos de vivir y pensar capaces cooperar y competir entre sí; una caminante comunidad de grupos humanamente diversos en cuyo seno sean realidad satisfactoria la libertad civil, la justicia social y la eficacia técnica”.

El biógrafo de Menéndez Pelayo había superado a su maestro. La visión integrista y ultracatólica de España, la defensa del monolitismo, cedía ante el poderoso andamiaje de la diversidad que Laín aprendió de Castro.

Si en el *Boletín Lainiano* anterior, número 5, dedicamos algunas páginas al discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia de José María López Piñero, *Pedro Laín Entralgo y la historiografía médica*, publicado en 2004, donde Piñero muestra su admiración por su maestro, ahora hemos podido comprobar que don Pedro también mereció el respeto de otro gran historiador y académico: José María Jover.

Fue Laín un hombre con ejemplar manera de hacer las cosas. Su altura intelectual, su calidad humana, consiguieron que fuera respetado y admirado durante el tiempo que le tocó vivir y que ese respeto se haya ido acreciendo con el paso de los años. Él reflexionó sobre el ser y el quién de los españoles y fue, sobre todo, ante todo, un gran historiador, de la Medicina y de la Cultura, más que de la Historia General. Su interpretación histórica de la patria fue, como decía Nelson Orringer retomando lo que a su vez dijera Laín de Unamuno, la de un sanador de las Españas: el “médico sin práctica” llevaba en el fondo de su corazón al terapeuta social.